

"La Nación", Buenos Aires (B. A.), 15 junio 1910.

PEQUEÑECES LINGÜÍSTICAS

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, mayo de 1910.

Pocas cosas aparecen más que algunas que al parecer no son sino cuestiones de nombre, y es porque el nombre es de lo más substancial que puede darse.

La lengua de divagamos en lo más íntimo y lo más profundo del espíritu. Una de mis metáforas favoritas, una de las que más prodigo, es la de que la lengua es la sangre del espíritu. Pensamos con palabras, esto es evidente; no pensamos en álgebra, con fórmulas. Pero creo aún más y es que con palabras también sentimos. Una lengua lleva consigo no ya una manera especial de concebir la realidad, sino hasta una manera de sentirla.

En la lengua es donde más buscan los pueblos la independencia de su espíritu. Polonia, desgraciada políticamente, pelea por su lengua; pelea por imponer la suya Hungría; el problema de Alemania en Lorena es un problema de lengua. Cuando se le pregunta a un catalán qué quiere decir con eso de que se reconozca la personalidad de Cataluña, se viene a averiguar que no es sólo el que se reconozca, valor oficial al lenguaje catalán.

Este sentimiento toma las más diversas formas, algunas que a primera vista parecerían a parecernos ridículas. El instinto de personalidad, de independencia espiritual se refleja hasta en peculiaridades ortográficas. «Cuidado—me decía un sujeto;—tenga usted en cuenta que yo soy de los Hormascheas por hecho, no sin ellas. Y a las veces se rifien batallas por una hacha.

Uno de los aspectos de este proceso es de la adaptación de palabras extranjeras a un idioma dado. Cada pueblo trata naturalmente de acomodar a su lengua los vocablos de origen extranjero, incluso los de personas y localidades. Pero hay, por otra parte, quienes muestran empeño en que esos elementos extraños no sean asimilados, no sean dignificados por la lengua, permanezcan en ella indigestos.

Los nombres de localidades extranjeras, cuando se habla mucho de ellas, acaban por modificarse adaptándose a la índole de la lengua que los adopta. Es natural, naturalísimo, que nosotros digamos Burdeos y no «Bordós», y que los franceses digan Saragozese y no Zaragoza. La adopción del nombre en la forma que tiene en su país de origen ofrecería grandes inconvenientes. Tendríamos que escribir Bordeaux, Antwerpen, etc., pero advirtiendo que hay que decirlo de tal otra manera, y a las veces con sonidos de que carecemos. ¿Cómo hablamos de escribir, en vez de Burdeos, Bordeaux ó Bordós? Ambas cosas presentan dificultades.

Ante todo no puede exigirse a nadie que conozca las lenguas extranjeras de manera que al ver un vocablo procedente de ellas



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



sepa pronunciarlo. Y es muy frecuente el encontrarse entre nosotros con personas que no conociendo fuera del español, su propia lengua, sino el francés, leen á la francesa todos los nombres extranjeros, sean ó no franceses. Y aun los toman del francés y no de su lengua originaria. Hay un fusil llamado Máuser, así como suena en español que es también como en alemán suena. Como en francés la grafía su leen o, para leer Máuser, como en alemán y en español, tienen que poner diéresis á la u Máüser, y algún español que sabe alemán pero que ha leído la palabra en francés ha supuesto que la diéresis es de la a y que se trata del diptongo alemán ä, que tiene su lectura propia, algo parecida á la de nuestro oi. Y así escribe Máuser. Y no son pocos los que leen el nombre Wagner como si fuese francés, «Uafier», cuando leyéndolo á la española se acercarian mucho más á la pronunciación alemana.

Casti todos los nombres griegos que sue- la ver en libros y artículos de escritores hispano-americanos que se las dan de helénicos ó paganizantes suelen estar tomados del francés con una transcripción que no responde, ni con mucho, á la tradicional y genuina española. En su manera de escribir los nombres griegos se ve desde luego que no saben griego. Tropezan en las pa, th, ch, y ck.

Hubo tiempo en que se traducía ó transcribía hasta los nombres propios. Esto en el Renacimiento, entre aquellos humanistas obsesionados con el latín y el griego era frequentísimo. Latinizaban ó grecizaban sus propios apellidos. Eusmo no es sino la traducción griega de su nombre Didier ó Desiderio, como Melancton—«melanchthon», en griego «tierra negra»—la traducción también griega, de su nombre alemán Schwartzerde.

Esto ha desaparecido. Sólo en Alemania se ve aún algún nombre en us. latinizado. Pero á nadie se le ocurre ya traducir los apellidos. No llamamos Herreiros á los Schmidt alemanes ó Smith ingleses. A nadie se le ocurre traducirle á Jean Jacques Rousseau llamándole Juan Santiago Escugo, ya que «rousseau» es el nombre francés del besugo. Sólo le traducimos los nombres de pila. Llamándole Juan Jacobo, si bien no sé por qué se prefiere la forma menos corriente, Jacobo, en vez de la más usual española: Santiago.

A nadie se le ocurre traducir los apellidos, pero en los nombres históricos conservamos la forma tradicional, aquella bajo la cual nos son de antiguo conocidos. Decimos Ulises y no Odiseus, Nabucodonosor y no Nebcadnezar, Zoroastro y no Zaratusura. Y así con otros nombres. En muchos de los cuales la transcripción sería difícil, cuando se trata de sonidos de que carece nuestra lengua.

Thierry, en sus hermosos «Relatos de los tiempos merovingios» («Récits des temps mérovingiens») adapta una transcripción especial de los nombres ya tradicionales de los reyes francos y en vez de Clodoveo escribe Hlodowig. De Hlodowig, en efecto, provino Clodoveus y de éste Ludovicus y luego pasando por Ludvigus, en alemán Ludwig, el moderno nombre Luis. Y Thierry lo justifica con





muy plausibles razones. Al nombre tradicional, sea v. gr., el de Clodoveo, va unida una representación histórica, también tradicional, pero que Thierry estima apartada de la realidad. El Clodoveo que se han imaginado los lectores de historia clásica francesa, es, según Thierry, un Clodoveo poco histórico, poco real, y para dar una idea más exacta de lo que era, para substituir ese Clodoveo de lecturas infantiles por el verdadero y rudo rey franco, empieza por cambiar la transcrip-

ción de su nombre. Y esta misma consideración es la que le guió al gran poeta francés de Lisle en su excelente traducción de la «Iliada» á transcribir los nombres de los héroes argivos, aqueos y troianos de otro modo que como venían tradicionalmente transcribiéndose en francés. Procuraba así destruir de la memoria del lector el Aquiles de la traducción de Mme. Dacier, el del neoclasicismo francés del siglo XVIII.

En casos tales se comprende la utilidad de una nueva transcripción, pero esos casos son raros.

Otros hay, que por el contrario, extreman el procedimiento de la adaptación y asimilación de los nombres extranjeros. Aquel formidable casticista y purista de la primera mitad del pasado siglo, que se llamó don Serafín Estébanez Calderón, ó por otro nombre, nombre de guerra, el Solitario, el tío de Cánovas del Castillo, le llamaba al célebre novelista Walter Scott Gualterio Escoto. Y aun se quedó á mitad del camino, porque hay otra forma mucho más española, mucho más castiza, mucho más tradicional del nombre Walter y que no es Gualterio, sino Gutierre. El nombre Walter, en efecto, daba, en francés, según modificaciones fonéticas normales, Gautier y de este nombre francés Gautier se hizo en España Gutierre, un tiempo nombre de pila y de donde proviene el apellido Gutiérrez. Diga usted que ha leído una novela del famoso novelista don Gutierre Escoto y á ver quién le atiende á qué autor se refiere. Estas son ya exageraciones de purismo.

Famosísima fué en toda la Edad Media la bellísima leyenda de Tristán é Iseo, que andaba entre nosotros en romances. Pues en esta Iseo, en francés Iseut, cuando nos ha vuelto á venir, después de casi olvidada, en la ópera de Ricardo Wagner, la hemos rebaulizada llamándola Isolda. Casi todos dicen Tristán é Isolda, en vez de Tristán é Iseo. Y anda por ahí una traducción de esta novela de Sudermann en que á la heroína, una tal Vloisante, se la ha convertido en Isolda, dejando el nombre sin traducir.

Es más aun, y es que hay nombres propios que entre nosotros tienen dos formas: una, la más antigua, y otra, la más moderna. La forma antigua de Guillermo, v. gr., es Guillén y Bernardo era Bernal. Recuerdo no es ni más ni menos que nuestro actual Ricardo, así como Federico no es otro Federico.

Y, por otra parte, al padre del gran Alejandro, el de Macedonia, lo llamamos Felipe, siendo así que es nuestro mismo nombre Felipe. Y de esta manera se han doblado varios nombres. Ramón es el mis-





mo nombre Raimundo. Y otros, en cambio, como Iñigo ó Ignacio, se han confundido en uno.

En todo esto entra como ley suprema el uso, del que ya dijo Horacio que era *cat inus et norma loquendis*. Pero no dejan de mover á este uso ciertos sentimientos y aun pasiones muy dignas de estudio.

Os decía cuál era la razón que tuvieron Thierry y Leconte de Lisle para modificar la transcripción ya tradicional de los nombres de los héroes francos aquél, y de los nombres de los héroes homéricos éste. Pero hay otros casos en que se modifica esa transcripción por muy otras razones que las de Thierry y Leconte de Lisle.

En el tomo III correspondiente al trimestre segundo, de la «Revista histórica, órgano del Instituto histórico del Perú», hay una curiosa disertación de D. Horacio H. Urteaga sobre el nombre del inca Atahualpa. El cual nombre aparece en los cronistas españoles escrito unas veces Atabalpa (así lo escriben Pedro Cieza de León, Francisco de Jerez, Pedro Pizarro, Miguel Estete), otras Atabaliba (así Hernando Pizarro y Herrera), otras Atablil (así Gomara y Zárate), Tabalpa y Atabalpa por el licenciado Santillán, y Atahualpa por Garcilaso de la Vega. Y en esa curiosa disertación se estudia si el nombre es Itapaatiguallpa ó Anquiatrogullpa.

El estudio es filológicamente muy interesante, pero no es de suponer que en el Perú se vaya á dar en llamarle Itapaatiguallpa al que todos, incluso los peruanos, cuya lengua oficial y nacional es el español y no el quechua, llamamos Atahualpa.

Y sin embargo, en Méjico (con jota, y no con equis), donde la lengua nacional y oficial, la lengua en que se dictan las leyes, la lengua en que está redactada el acta de la independencia, es el español y no el azteca, han dado en llamarle Cuauquemoc al que todos conocemos por Guatimocin, y lo extraño es que no lo escriban Kuauquemok, para darle un aspecto aun más extraño. Y la cosa llega á tal punto que en una traducción mejicana de la hermosísima oda de Carducci, «Miramar», donde el poeta escribió Guatimocin lo han metido el inevitable Cuauquemoc.

¿Que Cuauquemoc era como lo decían sus súbditos y no Guatimocin? Pero todos en España y en América, los que hablamos español, decimos Cristóbal Colón y no Cristóforo Colombo. Es verdad que el mismo Colón, así que se puso al servicio de Castilla, y fué el instrumento principal para que España descubriera América, se le llama Colón y no Colombo. Cada nombre tiene un nombre histórico, y es aquél con que pasa á la historia. Y Cuauquemoc es una cosa así como Nebcadnezar.

Y digo que me extraña como á alguien no le ha dado por escribirlo Kuauquemok, así como algunos de mis paisanos escriben con la más infantil de las pedanterías Bizkaia en vez de Vizcaya. Dicen que el vasconce no tiene v ni c, pero es el caso que tampoco tiene b ni k, ni letra alguna propia, por carecer de propio alfabeto. Y no me extrañaría que escribiesen Kuauquemok, porque no es mucho más racional escribir Méjico con equis.





¿Por qué con equis, si pronuncian como nosotros, Méjico, con jota? Es que esta jota—aducen—procede de una paladial azteca que sonaba como la ch francesa, poco más ó menos, y se representaba en castellano por equis. De esa misma paladial proceden un grandísimo número de palabras castellanas que se escriben hoy, fonéticamente, y como deben escribirse, con jota, y se escribían con equis. En Méjico todo el mundo escribe Guadala*j*ara, como lo pronuncia. ¿Por qué no Guadala*x*ara? Pues hay la misma razón que para Méjico. También la jota de Guadala*j*ara procede de una paladial arábiga, que sonaba y suena en árabe hoy como la ch francesa, y que los españoles la representaban hasta el siglo XVI con equis. Y como á partir del siglo XVI esa paladial se trasmudó fonéticamente en la actual jota, se fué cambiando la x por la j. Y así en árabe Guadala*x*ara era con paladial, como en azteca lo era Méjico; pero hoy una y otra palabra son con jota, tanto en España como en Méjico. ¿por qué en el un caso han vuelto á restituir la equis y en el otro no? «Nosotros volvemos por los fueros de los aztecas—dirán—que vuelvan otros por los fueros de los árabes.» Por lo que hay que volver es por los fueros del idioma español, limpiándole de esas que no son sino pedanterías.

¿O es que se trata de dar un aspecto desusado ó insólito á ese vocablo? Es que se trata de decir: ¡jota! esto no se lee como se escribe, porque no es de origen español? ¿O es acaso para conformarse al modo de escribirlo y pronunciarlo los yanquis?

Una vez tuvo una discusión con un mejicano cultísimo, de los nombres más instruidos y más inteligentes que he conocido, sobre esta equis de Méjico, y al ver el hombre que no tenía razones para defenderla en el terreno lingüístico apeló á unas consideraciones de una índole tal que me hicieron ver claro lo que ya sospechaba, que es lo que hay debajo de esa equis, de esa incógnita. Hay un sentimiento receloso de diferenciación.

Hay en mi país nativo quienes se creen mejores vizcaínos, es decir según su entender y sentir más anti-castellanos, ó digámoslo claro, más anti-españoles si escriben Bizkaia.

Esta b y esta k parece que van ligadas á eso que llaman las reivindicaciones vascas.

La lengua nacional y oficial de Noruega es el danés, diferenciándose del danés de Dinamarca no más que en ciertas peculiaridades de pronunciación como se diferencian no ya el castellano de España, y el de la Argentina v. gr. sino hasta el castellano de Burgos y el de Málaga, que se diferencian en su manera de pronunciarse más aún que aquellos otros. Y ha habido noruegos que en su empeño por tener una lengua propia y sin tener en cuenta que lo es el danés, han propuesto una ortografía que diferenciara su danés del danés de Dinamarca. Es lo del otro: yo soy de los Homaccheas con hache, no de los Ormaaccheas sin ella.

¿Qué una hache ó una equis más ó menos significan poco? Sin duda. En sí sig-





nifican muy poco, pero como síntoma pueden significar mucho.

Y cuento que así como protesto de esa equis protesto de otras equis y otras garambaldas que nos quiere meter nuestra desdichada Real Academia de la Lengua Española. Muchas veces y de muchas maneras he dicho y he repetido, pero he de

repetirlo aquí una vez más, y no será la última, que soy de los que protesto de que haya aquí, en España, quienes pretenden ejercer la dictadura del idioma común, y una á manera de monopolización del casticismo. La lengua española es hoy un caudal común, á una veintena de naciones. En cada una de ellas vive y se acrecienta, y con la vida que en cada una de ellas vive se vivifica y con lo que en cada una de ellas se acrecienta se acrecienta.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S